



*Los servicios de limpieza del Congreso de los Diputados en la ciudad de Madrid limpian la escultura del león y las paredes de la fachada del edificio.
(Foto de David Canales / SOPA Images / Sipa USA)*

Debería haber un botón de reinicio institucional. Algo como Ctrl+Alt+Del aplicado a los parlamentos, ayuntamientos y sedes de partidos. Porque lo que vivimos en la política española no es una crisis de representación ni una deriva populista, sino una demolición sistemática de todo lo que una vez se llamó servicio público. Hay días en que parece que un narco gallego, un tertuliano de 13TV o una gestora de impagados bancarios tendrían más sentido del deber, del decoro y del pudor que los que se sientan en el Congreso a golpearse el pecho por la patria.

La política española está secuestrada por una generación de dirigentes que confunden el



insulto con la oratoria, el bulo con la estrategia y el desprecio con la firmeza. En lugar de estar gestionando la emergencia habitacional, el colapso sanitario o la disolución de la escuela pública, se dedican a insultarse en horario de máxima audiencia, a lanzar cortinas de humo con prostitutas, drogas y familiares incómodos, y a convertir el hemiciclo en un plató de tertulia barata.

Mientras la vivienda se convierte en un lujo más propio de Mónaco que de un país con casi cuatro millones de pisos vacíos, los líderes políticos se lanzan acusaciones cruzadas sobre suegros proxenetas y supuestos pagos a narcos con dinero público. Lo último ha sido el espectáculo dantesco en el Congreso, donde Alberto Núñez Feijóo acusó al presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, de “haber vivido de los prostíbulos”. El presidente, en lugar de defender políticas de vivienda o responder con argumentos institucionales, contraatacó con el historial de amigos del PP detenidos por narcotráfico. «Mejor un narco que un putero», parece ser la nueva doctrina dialéctica de la democracia española.

Nadie se detuvo a hablar de la subida de los alquileres, ni del desalojo de familias por no poder pagar la hipoteca, ni de por qué seguimos construyendo hoteles mientras se cierran plantas en hospitales. Porque eso no da votos. Lo que da votos, o eso creen, es el barro. Cuanto más denso, mejor. La degradación no es solo estética, es estructural. En los últimos años, el descrédito ha tocado fondo, pero siempre encuentra un nuevo sótano. El Congreso ya no es una cámara deliberativa sino un ring de boxeo verbal, un meme continuo donde lo importante no es la ley, sino el zascazo. La política ha pasado de tener sentido del Estado a ser un *timeline* de TikTok de scroll infinito lleno de videos vergonzantes para compartir y viralizar. ¿Que una ley fracasa? No importa. ¿Que los médicos se van a Alemania? Poca cosa. Lo relevante es que alguien dijo “golpista” en una intervención, que otro llamó “burro” a un diputado y que algún asesor consiguió convertirlo en tendencia en X.

Todo se reduce a una lógica de patio de colegio con sueldo público. Las sesiones de control son un desfile de egos inflamados, de testosterona parlamentaria, de soberbia impune. No hay ninguna voluntad de debate, ni de reforma, ni de mejora. Solo hay una voluntad: humillar



al otro. Y en esa carnicería verbal, el país queda como daño colateral. ¿Dónde están las soluciones al drama de la sanidad pública? En ninguna parte. Se buscan médicos como se buscan influencers: con desesperación y promesas vagas. Los centros de salud colapsan, las urgencias se saturan, y mientras tanto, en la Cámara, los diputados se arrojan escándalos como si fueran ladrillos en una batalla medieval. ¿Dónde está la reforma educativa que necesita este país para no seguir condenando a generaciones enteras a la precariedad? Nadie la plantea. A lo sumo, se discute sobre si el castellano está en peligro en Cataluña o si los libros de texto adoctrinan. El bosque arde, y ellos discuten si el humo es separatista o comunista.

Lo peor no es que los partidos hayan perdido el rumbo. Lo peor es que parece importarles bien poco. La crispación se ha convertido en un modo de vida, en una estrategia de comunicación. Las campañas ya no se basan en propuestas, sino en la demolición moral del adversario. No importa qué haré si gobierno, sino qué voy a decir para que el otro parezca un delincuente, un pederasta o un bolivariano. Y si cuela, cuela. Y si no, también, porque mañana habrá otro escándalo. En ese lodazal, lo único que prospera es la antipolítica: la renuncia a pensar en lo común, sustituida por la escenografía del odio, la lógica del cuanto peor, mejor y la teatralización constante del desprecio como herramienta de poder.

¿Y la ciudadanía? Asiste como puede, entre la estupefacción y el hastío. Muchos han desconectado, otros han optado por el cinismo, y algunos, los más jóvenes, ni siquiera se plantean votar. ¿Para qué? Para elegir entre el que llama terroristas a los votantes vascos y el que justifica la censura de periodistas porque no le hacen la pelota. Es comprensible que se pregunten qué demonios tiene que ver todo eso con ellos, con sus vidas reales, con su sueldo, su piso, su salud o su educación. La nueva generación de políticos ha entendido el poder como espectáculo y la gestión como un mal necesario. Han llegado a la política no con el ánimo de cambiar el país, sino con el impulso de vencer en el ring del prime time. No se preparan para legislar, sino para ser trending topic. No estudian los presupuestos, sino los algoritmos. No pactan, sino que cancelan. No representan, sino que se representan a sí mismos, como si todo el país fuera una selfie perpetua.



En este contexto, la palabra “política” ha perdido su significado. Ya no remite al arte de gobernar, sino a la lucha tribal de unos contra otros. La mentira se ha normalizado, la corrupción se ha relativizado, la misoginia y el racismo se han infiltrado en los discursos como si fueran una opinión más. Y todo eso con risas, aplausos y excusas. «No era para tanto», «me sacaron de contexto», «lo dije en tono de humor». Mientras tanto, la realidad no hace chistes: se cierran centros de atención primaria, los jóvenes no pueden emanciparse, los inmigrantes son arrojados de un lado a otro como mercancía política, y la sensación de país fallido se instala en los barrios. La democracia se degrada no solo cuando se limita la libertad, sino cuando se vacía de contenido. Y aquí estamos: con un Gobierno que presume de socialdemócrata mientras baja la calidad de la enseñanza, con una oposición que se indigna por los okupas mientras calla la gestión de la DANA, y con una ultraderecha que ha aprendido que gritar más fuerte siempre deja huella. Todos compiten por el titular más sucio, por la imagen más hiriente, por la consigna más venenosa. Como si gobernar fuera lo de menos.

Quizá algún día recordemos estos años como un capítulo especialmente tóxico de nuestra historia política. O quizá no los recordemos, porque habremos dejado de creer que la política puede cambiar algo. Y eso será aún peor. Porque el descrédito no mata de golpe, sino por agotamiento. Y cuando todo esté tan podrido que nadie quiera acercarse, entonces habrán ganado los narcos, los puteros y **Alvise**. Y perderemos todos los demás.